

IGNACIO CASTILLO S.

EL FUTURO DE NUESTRA IGLESIA

Tenemos especial dificultad para hacer un análisis crítico de la institución en la que nos hemos comprometido de por vida.

La dificultad crece cuando se trata de la Iglesia donde la fe trascendente y la contingente organización humana se dan la mano.

Necesitamos el frío bisturí del análisis sociológico para salvar la comunidad cristiana de fe al servicio de todos los hombres.

Es el sentido del artículo de Ignacio Castillo, sacerdote y atropólogo venezolano, que publicamos a continuación.

Con valentía aborda una reflexión que sólo tras un largo proceso de intercambios divergentes y de revisiones crudas rendirá los frutos deseados para la Iglesia venezolana.

Reflexión que exigirá de todos superar los pinchazos epidérmicos que el sociólogo observador sin duda causa en nosotros.

El propósito del autor y de la revista SIC es contribuir a este proceso doloroso y exigente de tomarnos en serio a nosotros mismos, no como institución que trata de aferrarse a la supervivencia y al prestigio, sino como comunidad atravesada y sacudida permanentemente por la fe que nos llama a los hermanos.

Esperamos que los obligados desacuerdos conduzcan a planteamientos contrapuestos exigentes, lejos de todo intento de recurrir a viejas prácticas inquisitoriales.

Nuestra Iglesia necesita y puede crear un amplio espacio para la autorreflexión adulta de cara al futuro.

LA REDACCION

El problema del futuro de nuestra iglesia es el problema de la permanencia de una institución en una sociedad que cambia rápidamente y por eso es también el problema de la significación de esa institución en el sentido o la dirección de ese cambio social. Este artículo no pretende presentar una eclesiólogía dogmática sino anotar algunas pistas para la interpretación de nuestro presente eclesial y sus posibilidades de desarrollo.

ALGUNOS PRESUPUESTOS TEORICOS

La iglesia venezolana es una institución en interrelación con nuestra sociedad; por eso el modo como aquella se ha institucionalizado no es ajeno al modo como se ha desarrollado la vida nacional. Esto significa que las relaciones de poder y dominación existentes en nuestra sociedad también afectan a la institución eclesial; es allí donde hay que buscar la explicación a las tensiones, luchas y oposiciones que se dan al interior de nuestra iglesia.

Así podemos entender cómo la conducta y el discurso de nuestros grupos eclesiales se explica, más que por la intención o conciencia de cada grupo, por las condiciones reales, políticas y económicas, en las que la iglesia como institución se mueve.

Si bien en cuanto institución nuestra iglesia no puede entenderse sino en relación a nuestra sociedad disimétrica y clasista, también en cuanto institución nuestra iglesia no puede entenderse sin una relativa autonomía, propia de toda institución, surgida de un sistema interno de roles —cargos— y doctrina que van a defender la estructura de poder al interior de la misma institución. La institución eclesial tiene un sistema simbólico propio: referencia a las Sagradas Escrituras, la tradición dogmática y moral, la liturgia, ciertas costumbres, usos y gustos. En términos sociológicos, todo este sistema simbólico tiende a legitimar el poder al interior de la institución tal como de hecho se ejerce y si no, la institución peligra.

Por otra parte, la inserción de la institución eclesial en la sociedad venezolana implica que el sistema interno eclesial de símbolos tiende a expresar y a reforzar, al nivel de la legitimación social, las relaciones de poder propias de nuestra sociedad, en las que nuestra iglesia funciona.

Mientras el mundo civil garantizase a la iglesia y a sus representantes oficiales un cierto monopolio del poder en la gestión del ámbito religioso de la vida social, los representantes oficiales de nuestra iglesia podrían mantener hacia el interior de la institución una estrategia de represión y exclusión de las disidencias que cuestionen un monopolio así constituido y el mismo ejercicio del poder religioso.

Si ese monopolio de la gestión religiosa está en peligro por el mismo juego de fuerzas en el plano socio-político, los representantes oficiales de la institución tienden a adoptar una estrategia de compromiso hacia sus propios fieles (un cierto pluralismo), hacia otras instituciones religiosas (ecumenismo), y hacia el poder civil (coexistencia diplomática).

NUESTRA IGLESIA AYER Y HOY

A partir del marco teórico expuesto nos preguntamos por la situación actual de nuestra iglesia con respecto a la sociedad civil y con respecto a sí misma: estrategia hacia dentro.

El primer hecho que constatamos es la imposibilidad de dar un tratamiento homogéneo a los diversos grupos eclesiales existentes: ni siquiera desde lo que se cree y practica hoy podemos hablar de los creyentes venezolanos a la manera de un conjunto homogéneo. Como veremos más adelante, la fe es vivida y leída de muy diversos modos por nuestros grupos eclesiales.

Sin embargo, a nivel de los representantes oficiales de la

institución sí hay una cierta homogeneidad que debe ser entendida en el contexto de la sociedad global. A este nivel, nuestra iglesia como institución, está situada del lado del poder establecido.

Si un recorrido por la historia de las relaciones jerarquía-gobierno en la Venezuela republicana del siglo pasado nos pone de manifiesto la lucha de hombres como Ramón Ignacio Méndez en la década del 30, o Guevara y Lira en la del 70, precisamente por defender el monopolio de la gestión religiosa frente a los ataques de la nueva república y el liberalismo, hoy la situación es bien otra.

El proceso de reubicación de la jerarquía católica en la vida civil de la Venezuela contemporánea, que culmina con la firma del *modus vivendi* en 1964, ha sido lento y tortuoso. El costo social de esta reubicación de la iglesia está en la necesidad de bendecir y dar gracias por casi todo lo que aquí sucede desde Gómez hasta nuestros días, hacia afuera; y, hacia dentro, por la reducción de la fe cristiana a la piedad interior y las buenas costumbres; piedad que a lo más se engancha a la vida social y política por un mandato moral (léase D.C.).

No podemos decir que la iglesia en el siglo pasado habría perdido todo su poder: si Páez y Guzmán se meten con ella es porque ven allí una fuerza. El pueblo es creyente y de allí la necesidad de sentir a la iglesia ligada y complacida con el acontecer político; y entonces, que se sometan al patronato y que canten el *te deum*. Si no, vendrán exilios, confinamientos, expropiaciones.

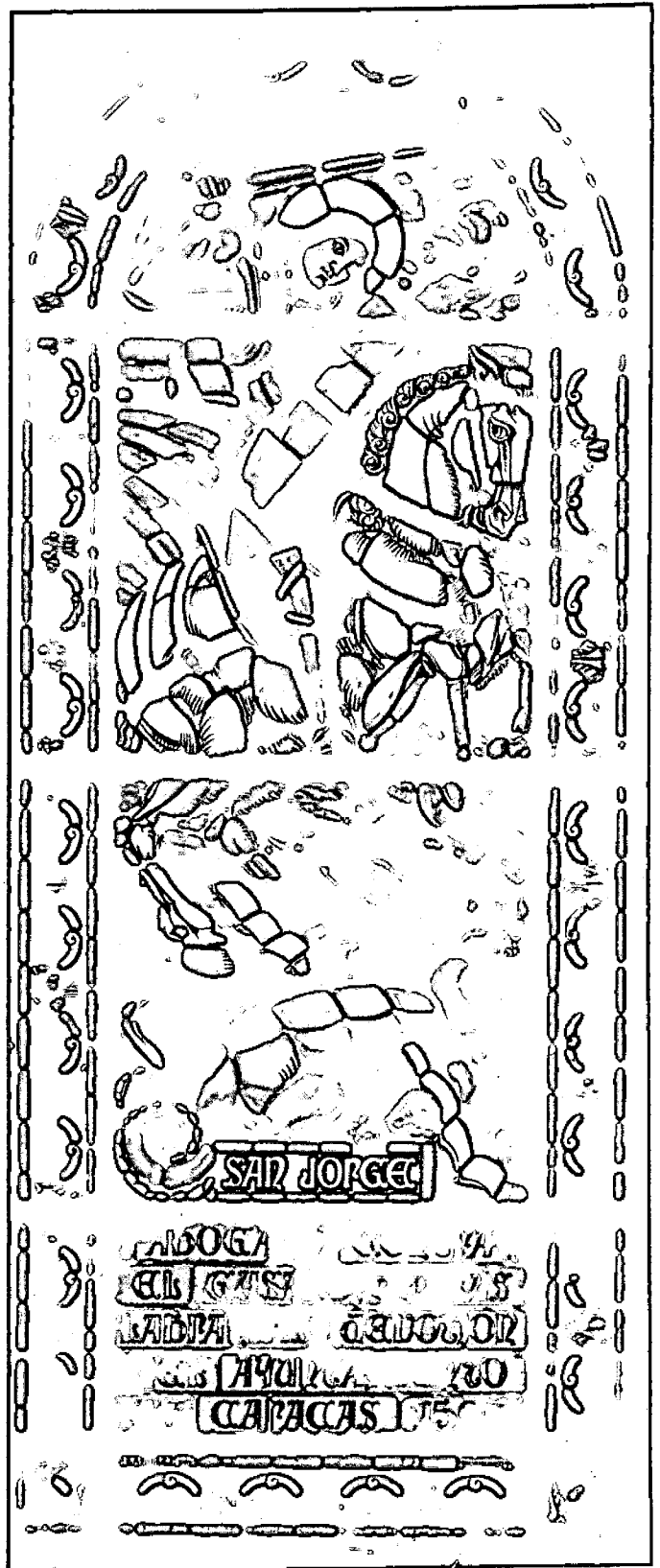
Si en estos hombres vemos entereza frente a los gobiernos de turno, no podemos dejar de entrever cómo la perspectiva desde la cual encaran el problema es la de situaciones supuestamente mejores para la institución eclesial en sociedades ya pasadas, como la colonial: muchas veces defender la iglesia se entiende como defender ciertas posiciones de la institución.

Hoy la situación es distinta: desde el punto de vista ideológico el cristianismo ha sido un factor clave para la compactación del país moderno: ese dios todopoderoso en el que han sido educadas las capas dirigentes y al que han acudido las masas en todas las parroquias de la cristiana Venezuela, cada instante menos rural — ¡Viva la Virgen de Coromoto! — Hasta los adcos han aprendido que mejor es no meterse con la iglesia y que ésta es mansa si se la sabe llevar y darle su puesto. Cristianos en la iglesia y curas en la sacristía. Pero ese dios providente de la abundancia de pocos y la miseria de muchos, paradójicamente, comienza a sobrar para los que en abundancia viven y va siendo sustituido con creces por nuevas divinidades más acordes a la nueva situación de los campesinos urbanos: María Lionza con toda su corte y el mismísimo doctor Hernández.

Los representantes oficiales de la iglesia no ven tanto el trabajo pastoral hacia el futuro y en esta perspectiva, como desde el lugar en el que con tanto trabajo ha llegado a situarse hoy la iglesia, después de tantos problemas.

Aquí lo contradictorio de nuestra situación actual: la iglesia oficial recupera socialmente el monopolio de lo religioso en un momento en el que el mismo desarrollo social niega la posibilidad de dicho monopolio. Socialmente aceptada, desde su mismo seno surge el malestar como reflejo de una profunda inadaptación al medio social.

¿Qué iglesia queremos en Venezuela? La respuesta depende del modo como se dé y entienda la adaptación a la sociedad venezolana actual. Si por adaptación entendemos situarse junto al poder político a toda costa, tendremos una gran institución, pero como congregación de creyentes ésta será una iglesia imposible. Si por adaptación se entiende ofrecer mercancía religiosa a todo el que la requiere y tal como la requiere — y sigue habiendo demanda de bienes de consumo religioso — tendremos una iglesia automercado, o más in, centro comercial;



lo cual es, bastante probable. Sólo una propuesta eclesial seria a los venezolanos de hoy puede hacer viable, factible, el sentido y la vigencia de esta institución para nuestra sociedad. Esta alternativa es difícil y dura, aunque el "buen revolucionario" de turno diga que se trata de rocheleo para con el futuro poder vencedor: los socialistas. Si nuestro amigo fuera profeta. . .

UNA IGLESIA IMPOSIBLE

De un proyecto así, constatamos, al menos, residuos. Una iglesia que se entiende como trascendente a la historia y a las situaciones concretas, con toda la verdad en la ma-

no, triunfalista porque está del lado del poder aunque no le guste reconocerlo, esencialmente clerical, amante de dignidades y condecoraciones. Una iglesia que entiende su misión como el culto, la vida del alma, el propio triunfo, la salvación principalísima de las almas; y por tanto demoniza y olvida todo lo profano: el cuerpo, el mundo, la vida y el dolor de nuestro pueblo; expresamente interesada en política sólo cuando ésta le afecta a ella como institución. Única sociedad perfecta e imprescindible, la paz es el sumo bien y mejor que no pase nada.

Una iglesia así tiene su explicación, como hemos visto, en nuestra problemática político-social y se arraiga precisamente en quienes tienen más poder al interior de la institución por edad, saber y gobierno. Es la iglesia que más aparece en la prensa y en noticiero.

En este contexto tendríamos que entender la reacción a la toma de Santa Teresa (1969), las presiones para la expulsión de Wuytack (1970), la empecinada rigidez de las autoridades de la UCAB en el '72, la carta pastoral sobre iglesia y política en víspera de las elecciones del '73. También en este contexto se entienden los actos religiosos oficiales, la vigencia de las dignidades eclesiásticas y las condecoraciones civiles, las recepciones diplomáticas, los grandes aniversarios, el intento de reaparición de la clandestina y religiosa prensa nacional de desaparición tan condolida, el equívoco uso del nombre de misión "cristiana" en el contubernio del Hilton, la junta directiva de Cáritas, la consagración al santísimo sacramento del actual jefe de Estado; por no hablar de Pérez J. y el congreso eucarístico, o la coronación de la Coromoto o los rosarios del padre Peyton, antes en Los Próceres y ahora en la Catedral, etc. Y desde aquí hay que leer ciertas declaraciones de nuestros preladados: "desafortunadamente la iglesia venezolana es pobre", "por lo demás, Gómez fue un hombre grande hasta en las cosas pequeñas", "quieren hacer de la vida religiosa una pobreza enriquecida, una castidad compartida y una obediencia dialogada" (el chiste suena bien dicho casa de un banquero, "anatema sean los teólogos latinoamericanos y las monjas del Sagrado Corazón" y mejor no decir nada de la muerte de Jorge Rodríguez. Amén.

Afortunadamente ésta no es toda la realidad de nuestra iglesia y el futuro puede planearse de otros modos, porque de éste, ya no hay salida, prescindiendo de la relación que pueda tener con el evangelio.

UNA IGLESIA PROBABLE

En nuestras conferencias episcopales ha habido un cambio notable del disputar en torno a minucias de culto al poner como prioridad la evangelización a todos los niveles de la sociedad. Este viraje hay que entenderlo como la necesidad de reencontrar a los creyentes, ya que la institución perdería toda su vigencia si se desligase de la base -fieles adeptos- que la sostiene, prescindiendo del lugar que le concede el mundo político. Una iglesia sin número de creyentes no pasa de ser otra secta.

La crisis de vigencia de nuestra iglesia se ha sentido, sobre todo, en el desinfiere de los pujantes movimientos apostólicos de la época de los 60: movimiento familiar, cursillos de cristiandad, Palestra, MUC, cursillos de formación social, el empuje inicial de Fe y Alegría, etc. Pero ese auge no se puede desvincular de la inestabilidad política de aquellos años, marcados sobre todo por la amenaza del marxismo a través de Cuba y la necesidad de defender la democracia occidental y cristiana. La estabilización de la democracia y la recuperación económica a base de inyecciones de petrolólares trajeron como consecuencia una falta de estímulos objetivos para la mística de estos movimientos.

Por otra parte, la expansión de los grupos medios (ojo: no se trata de la pretendida movilidad social perfecta=igualdad de oportunidades=nuestra situación actual) ha propiciado movimientos menos controlables e incluso sospechosos: los caris-

máticos, así como paralelamente al mundo católico, y en menor escala, fenómenos como los harekrishnas, el hipismo criollo, etc.

Ante todos estos hechos, desde la perspectiva de una sociología funcionalista, la alternativa de iglesia futura se plantearía precisamente como la necesidad de evangelizar a todos los sectores sociales. Dicho de otros modo: la tendencia de nuestra evolución social recomendaría presentar una iglesia a la que puedan sentirse atraídos todos los grupos sociales de la Venezuela actual; es decir, crear una especie de automercado religioso que cubriría el amplio aspecto de las necesidades espirituales sentidas por la sociedad: desde la religiosidad popular hasta la teología radical sin olvidar a los grupos medios y las élites de poder, cada cual con su tiendita, el opus y los jesuitas. Desde la extrema derecha -viva el MAN- hasta la ultraizquierda, pasando por la moderada-viva el MAS.

Un muestreo de la demanda en el mercado religioso podría ser propuesto como sigue:

Los grupos campesinos y los marginados urbanos, grupos que a duras penas logran sobrevivir pero sin posibilidades de entrar en una economía de acumulación (a no ser de deudas), necesitan un tipo de cristianismo mítico (supuesta interacción entre lo imaginario y lo real). Allí la predicación moral es inútil pero hay que procurar que no se sustituyan las figuras tradicionales del panteón cristiano (diversas Vírgenes, el Nazareno, San Martín de Porres, Santa Martha, San Onofre, Santa Rita, que consigue casa del Banco Obrero, etc.) hacia figuras menos ortodoxas como María Lionza, la mano poderosa, las siete potencias, el negro Felipe, Guicaipuro, el gallo negro. Al doctor José Gregorio Hernández ojalá lo canonicen, porque aquí ya ser Dr. es más que ser señor o patrón. Se debe tener en cuenta que con el paso del campo a la ciudad el objeto pretendido con las prácticas religiosas cambia en parte (se trata de la lotería, pegar el 5 y 6 o conseguir trabajo, ya no de la lluvia y las cosechas) y en parte se mantiene (sigue habiendo enfermedades, p. e.). La sustitución de las imágenes tradicionales católicas por estas divinidades populares se debe a la inadaptación de la estructura parroquial a la vida de los barrios y a la escasez de clero: los fieles no se sienten atendidos. En esta situación está al menos un 60 por ciento de la población del país.

Las familias de obreros, técnicos, empleados y funcionarios bajos, insertados en un proceso de producción de bienes y servicios dentro de la benéfica atmósfera de la economía de subsidio de la Venezuela petrolera, grupos en contacto con la técnica del proceso y con el "es bien, ves" del subsidio, tienden a configurar la realidad religiosa desde una perspectiva moralista. En su religiosidad acentúan este aspecto ya que por una parte tienen segura la vida material -lo que les permite dedicarse a las cuitas del corazón -y por otra, la moral supone la defensa del supuesto modo de vida de la gente bien a la que parecen estarse acercando (la conducta moral como vía de ascenso social). Estos grupos reciben más fuertemente el impacto de la propaganda, el espíritu de competencia en el consumo, el significado de la educación. Todo lo que respecta al sentimiento tiene aquí cabida: desde el sagrado corazón hasta las novelas del corazón. Hay residuos de una religiosidad mítica, que pueden hacerse valer en una situación límite, pero la realidad comienza a enfrentarse con criterios más pragmáticos y racionales. El problema pastoral de estos grupos reside en la susceptibilidad que muestra para responder a los problemas del espíritu con soluciones no religiosas como las opiniones pseudo-científicas, la sicología vulgarizada o el horóscopo.

En esta situación está el 30 por ciento del país.

El problema con los grupos dominantes (capitalistas y altos políticos) y sus más allegados colaboradores (profesionales) es muy difícil. Por una parte hoy ya no necesitan un discurso que dé sentido a la propia existencia privada, pero por otra, requieren más que nunca de un tipo de pensamiento que legitime la propia situación de dominio: sin mitos no hay vida social. Muchos tópicos han servido a este respecto, aquí, sobre todo, el iusnaturalismo teista y el positivismo. Hoy tiene mucha influencia el pensamiento tecnocrático: "sólo hacen falta soluciones técnicas, así que vamos a darnos", la lástima es que son ellos los mismos técnicos que opinan. ¿Podemos ofrecer pensamientos científicos y coherentes sobre la realidad social, desde una perspectiva cristiana, que respeten la posición de quienes hoy tienen el poder? Socialmente se constata en estos grupos la incapacidad sistemática de plantearse la posibilidad de una realidad social diferente y la imposibilidad de que la moral -ya superada- sea algo más que una pantalla hacia los grupos inferiores. Algún caso particular contrario, puede darse. Este es un sector cualitativamente interesante pero numéricamente no representativo: no llega al 10 por ciento de nuestra población.

Concebir una iglesia que pudiera atender adecuadamente a cada uno de estos sectores ya sería todo un reto. Claro que cada quien trabaja en su sitio y allí hace lo que puede: no falta oferta religiosa para toda esta demanda; ahora, se trata de algo desarticulado, sin planificación ni dirección. Ponerse al ritmo de la sociedad actual supone el diálogo, la tolerancia, aceptar la secularización y los nuevos mitos, y tiene muchos peligros: la tolerancia, la intrascendencia, el camaleonismo, el secularismo, el conflicto.

La ventaja de este modelo estaría en su capacidad para asimilar toda manifestación religiosa. Pero fuera de las dificultades que supone la adecuada atención de una demanda tan variada resta el problema de la autointelectión de la misión por parte de la institución eclesial.

UNA IGLESIA FACTIBLE

El referirnos a las fuentes de la fe cristiana desde una perspectiva concreta puede ayudarnos a recontrar el aspecto autónomo de la institución eclesial con respecto a la sociedad venezolana. Desde Jesús la existencia cristiana se entiende como la tarea de denunciar el poder que oprime y transformar el poder en servicio, sabiendo que la última palabra del amor es la de dar, incluso la propia vida. Esta donación se entiende en la construcción de un lugar sin opresión en el que esperamos la plena manifestación del Padre: la verdadera hermandad. La utopía cristiana dinamiza y orienta nuestro quehacer en la historia.

Ahora, el creyente no es un iluso optimista a ultranza ya que la posibilidad de la utopía del que vence la muerte ha pasado por la topía de la cruz como punto esencial en la realización de la utopía. Sólo nuestro presente con toda su carga de negatividad y opresión, y desde esa negatividad, puede ser lugar para la construcción de lo que se espera como don. El compromiso efectivo con quienes sufren la opresión y la injusticia actual es el lugar desde el cual queremos seguir a Jesús Liberador que nos muestra el camino al Padre.

Esta ubicación implica para la iglesia el someterse a la violencia de los poderosos de nuestro mundo, ya que su trabajo lo entiende como articulación del poder de los desposeídos, contra la capacidad que tienen los grupos dominantes hoy de hacer prevalecer sus propios intereses contra los intereses de la mayoría de los venezolanos.

La acción pastoral se entenderá entonces como desenmascaramiento del sustento ideológico cristiano de nuestra sociedad



presente, anuncio de la esperanza de liberación y favorecimiento de "todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base por la reivindicación y consolidación de sus derechos y por la búsqueda de una verdadera justicia" (Medellín; 2, 27).

Se trata de una iglesia que hace ver mediante hechos que está en la oposición, y no en la oposición dentro del sistema, a lo democracia cristiana, sino fuera de él, aunque no en la ilegalidad, si posible.

Una iglesia entendida así tiene que replantearse el valor y la función de muchas de sus instituciones, pero buscará la eficacia y por tanto tendrán que aparecer instituciones nuevas que realmente respondan a la transformación de nuestra sociedad. La síntesis de amor eficaz y el amor sufriente no se encuentra en la teoría. La beneficencia y el testimonio purista sólo aquietan la conciencia.

Una iglesia así sólo es realizable en comunidades de base. Comunidades en las que quedan replanteados los roles eclesiales tradicionales. El obispo será al menos tolerante, en la mayoría de los casos por presión intraeclesial, pero se supone que es el animador de los creyentes. También en la línea de la animación estarán los sacerdotes que ya no serán clérigos ni vivirán del altar. Serán creyentes junto con los laicos, quienes realmente constituirán la iglesia. La vida religiosa tendrá una fuerte carga escatológica y surgirán comunidades intercongregacionales, lo cual se dará más rápido en las congregaciones y grupos femeninos. Los recursos económicos no serán tan fáciles ya que los creyentes serán básicamente oprimidos e inconformes o desadaptados sociales.

La pastoral entendida como acción política, conllevará una permanente tensión entre el no confesionalismo partidista y la participación en los movimientos políticos existentes en el país.

Esta no es una iglesia probable aunque sectores dinámicos de nuestra iglesia ya están andando por ese camino. La viabilidad de un proyecto de iglesia así pasa por la opción personal trámite los enredos de la libertad y sus condicionamientos y, como puede esperarse, numerosos conflictos.

El momento en el que se lograra articular una iglesia así constituida, con plena coherencia doctrinal y práctica, ya la iglesia de Cristo debería ser otra. ○